

El anónimo singular para 7 visiones fugitivas de Robert Cahen

≡ Michel Chion

Seguro habremos visto muchas imágenes sobre China Popular filmadas por occidentales, la China-superficie a la vez transparente y opaca de Antonioni (*Chung-Kuo*), la China-palabra y la China-debate de la notable serie de Joris Ivens y Marceline Loridan *Cómo el Yu-Kong desplazó a las montañas* y tantas otras.

Robert Cahen les propone la suya. En visiones fugitivas, cierto, pero que son bien suyas y al mismo tiempo presentadas como percibidas y captadas por ese anónimo singular que vaga quizás en cada una de sus películas. Al inicio de estas siete visiones, vemos en primer plano el

ojo de un niño anónimo, pero, sin duda alguna, chino y oblicuo. Y al final, una oreja sobre un cráneo completamente rapado, un bonzo, sin duda. Ese niño y ese bonzo no son arquetipos sino sujetos que perciben, ejemplares humanos con los que Cahen se cruzó en una abundancia de individuos. Y sus imágenes —aprendamos a verlo— no se nos brindan como simbólicas o intercambiables; la imagen de un joven chino no es igual a la de todos los jóvenes ni a todas las otras imágenes de jóvenes o aquella de un bonzo a la de todos los otros bonzos. Cahen nos muestra a ése y aquél que fue filmado, anónimo pero singular, chino y bien chino, pero también habitante de la Tierra.



robert cahen: siete visiones fugitivas



robert cahen: siete visiones fugitivas

En los documentales y en la ficción, el individuo anónimo es —a menudo— asociado a lo colectivo y a lo intercambiable, y la China ha sido por excelencia el país representado de una manera estereotipada como un hormiguero, una masa indiferenciada. Robert Cahen, quien siempre ha tenido un ojo especial para ver y hacernos ver —en sus numerosos viajes por todo el mundo— el anónimo singular del encuentro, nos muestra aquí esta imaginería así como los estados de ánimo del occidental moderno cuyo ego al mismo tiempo se retrae y se llena de soberbia frente al espectáculo de un mundo, de un gran pueblo al cual no pertenece.

Tomemos la sexta “visión” donde numerosas miradas —en las que ninguna es semejante a la otra— se cruzan fugitivamente a la de su cámara o bien la sorprendente secuencia en que paseantes en un parque emiten, para sí mismos, una verdadera sinfonía de vocalizaciones, gritos y pruebas de voz: Robert Cahen nos hace ver la singularidad de una manera diferente a su concepción en el imaginario occidental moderno, es decir sólo una diferencia. Y a nosotros nos gusta mirar, en esas imágenes, el anónimo singular no-diferente que puebla el mundo y lo habita, esa mujer que gira sobre sí misma y se desmorona, ese hombre que se pasea y camina en los árboles.